



# La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE N.º 8

THE MAGNIFICENT FLIRT 1928

## Un magnífico flirt

Finísima novela, interpretada por la  
exquisita «estrella»

Florence Vidor, Albert, Conti, etc.

Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

**PARAMOUNT FILMS, S. A.**

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Postal obsequio: ALICE WHITE

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

## Un magnífico flirf

*Argumento de la película*

### I

París. Un amanecer. Las puertas de un cabaret se abren para dar paso a los rezagados, a los noctámbulos más empedernidos.

Forman un grupo de poco más de una docena.

Fracs, relucientes sombreros de copa, rostros pálidos y ojerosos.

Entre ellos, destaca el de una mujer. Es una dama espléndida por lo hermosa y por lo elegante. Lleva un magnífico vestido de noche y va ricamente alhajada. Entre el brillo de sus joyas no desmerece el de sus ojos.

No es una cocot. Se advierte en seguida el sello de la dama del gran mundo en su soberano continente.

Junto a ella hay un caballero con empaque de gran duque.

La dama reparte saludos y sonrisas y se dirige con su acompañante a un automóvil que está parado junto a la acera.

Sin que ni ella ni el caballero que la acompaña lo adviertan, se le cae un guante. Uno de los del grupo lo recoge. Pero no lo puede devolver. El auto ha partido.

El caballero, impecable en su traje de etiqueta, elegantísimo—el prototipo del donjuán aristocrata, con la agravante del tono gris en los cabellos—queda un momento perplejo, con el guante en la mano. Después se lo guarda en un bolsillo. Luego pregunta a un camarada:

—¿Quién es esa mujer?

—Margarita de Laverne.

—¡Caramba! Hubiera querido conocerla. No pasa día sin que la oiga nombrar.

—Una dama de verdad. Puro abolengo, riquísima, hermosa y... fácil.

—¿Tú crees?

—¡Hombre! Lo supongo. Por lo menos, se comporta con tanta ligereza como una cocot.

Entretanto, el automóvil que conduce a Margarita de Laverne, se desliza sobre las calles recién regadas.

—¿Por qué no me has presentado a tu amigo, el conde de Castelle? Me parece muy simpático e interesante—dice la dama.

—Es un hombre peligroso además de simpático. Un donjuán incorregible.

—Efectivamente, parece que tiene entre las damas un gran cartel.

—Las mujeres sois así, tontas de remate. El hombre que os quiere de verdad y os respeta está perdido. En cambio, el que, como el conde de Caste-

lle, es audaz y despectativo, obtiene sin dificultad vuestro corazón.

Ha llegado el auto ante la casa de Margarita. Por un momento, permanece allí parado, sin que la portezuela se abra... Se abre de pronto y Margarita se planta en el arroyo de un salto. Está indignada. Se ha mirado en un espejito, y al ver algo que hay entre su cuello y su hombro—a buen seguro la huella de un beso demasiado violento—crece su indignación.

—¡Ya se ve que de quien deben fijarse las mujeres es de los hombres respetuosos como tú! ¡Sinvergüenza! ¡Estúpido! ¡Indecente!

El auto parte y sólo entonces se da cuenta Margarita de que está sobre un charco de la calle recién regada.

Salta a la acera y, al comprobar que el agua le ha calado los zapatos, dirige una terrible mirada al automóvil que se aleja, y resuelve entrar en casa.

\* \* \*

Dionisia acaba de despertar. Es ya de día. Sin embargo, la cama de su madre está intacta.

Para Dionisia, salida hace unos meses del colegio, la conducta de su madre es un enigma. ¿Adónde irá su madre por las noches? ¿Qué hará fuera de casa durante tantas horas?

Ahora, como siempre, sin saber por qué, la disgusta y le inquieta el ver vacío el lecho de su madre. Se incorpora, se sienta en la cama y resuelve esperar hasta que llegue.

Entre los encajes de la camisa de dormir se advina su pecho virginal. Es aún una niña, aunque ya su cuerpo ha florecido plenamente. Su piel es blanquecina. Cándidos y dulces sus ojos.

Entra su madre.

Dionisia salta del lecho y corre a recibirla.

—¿Dónde has pasado la noche, mamá?—le pregunta con un ligerísimo tono de reproche.

—No me regañes, hija mía—responde la dama un poco aturdida aún por la loca alegría del cabaret—. Deja que tu mamá se divierta.

Como siempre, Dionisia le prepara la cama y el baño y la ayuda a desnudarse. Al quitarle los zapatos, advierte que lleva las medias mojadas.

—¡Cómo vienes, mamá!

Margarita se echa a reír.

—¡Ha sido muy gracioso! El amigo que me ha acompañado hasta aquí, cuando yo le tendía la mano para despedirme, me ha dado un beso por sorpresa. Yo he bajado del auto indignada, tan indignada, que no me he dado cuenta de que ponía los pies en un charco.

Y ríe, ríe, en tanto Dionisia piensa en voz alta:

—¡Qué malos son la mayoría de los hombres!

—Pues esos, los malos—dice la madre con imprudente desenfado—, son los únicos interesantes.

Y se dirige al cuarto de baño.

De pronto oye que Dionisia le dice desde la habitación:

—¡Has perdido un guante, mamá!

—No te preocupes, hijita. ¡Pronto estaré aquí otra vez!

Y la eterna risa de la frívola se deja oír después de estas palabras.

Poco después, despejada la cabeza por el baño, sin huella de pintura, pero no por eso menos hermosa, vuelve a entrar en la habitación Margarita de Laverne, envuelta en el caprichoso peinador, obra de la mejor firma parisina.

Dionisia la acompaña al lado de la cama, la ayuda

a quitarse el peinador, la tapa bien cuando se ha acostado, la besa en la frente, cierra todos los huecos por donde puede entrar un rayo de luz y sale del aposento de puntillas.

\* \* \*

El conde de Castelle ha llegado también a su casa. El viejo y correcto criado no ha demostrado el menor asombro. Hace más de veinte años que el señorito regresa al amanecer, poco después de haberse él levantado.

El conde se dirige a su habitación. Como siempre tiene preparada allí una mesa con el desayuno. Mermeladas, pastas, café, mantequilla. Ocho o diez platos cubren totalmente la pequeña mesa.

El conde de Castelle come de todo sin comer de nada. Mientras, el criado le vacía los bolsillos del frac, antes de cepillarlo y guardarlo, como de costumbre.

Con la pitillera sale un guante femenino.

—El señor Conde ha traído a casa otro guante femenino.

—¡Ah sí! Perteñece a madame Margarita de Laverne. Entératé de su dirección y devuélveselo con un ramo de flores.

—¿Le envío también la tarjeta?

—Sí, también.

—¿Escrita como siempre?

—Como siempre.

El criado comienza por sacar un cuaderno de notas y tachar un nombre de mujer que hay en él escrito, debajo de la palabra cena, poniendo en su lugar el de Margarita Laverne.

Después dice:

—Anoche llamó varias veces por teléfono la señorita Georgina.

—Esa muchacha tiene alma de telefonista.

Suena el teléfono. El criado descuelga el auricular.

—Es la señorita Georgina, señor Conde.

El señor Conde tiene un gesto de desesperación y toma el auricular.

—¿Dónde has pasado la noche?—oye que Georgina pregunta.

—Estoy muy cansado.

—¡Me has hecho traición!

—Las siete y media.

—¡Eres un ingrato!

—Me voy a acostar.

Y le entrega el auricular al criado, mientras él se dirige al lecho y se zambulle gozosamente entre las finas y frescas sábanas.

## II

Margarita de Laverne era una mujer a la moda. Viuda desde hacía algunos años, joven y de corazón inclinado a la alegría, había aprovechado la oportunidad de que entre la aristocracia se había puesto de moda la libertad y la frivolidad, para lanzarse a aquella vida divertida y trivial que la hacía olvidarse de la tediosa soledad en que se encontraba.

No cenaba en casa ninguna noche. Todos eran sus amigos y todos habían sido su flirt. Sin embargo, es preciso hacer constar que las cosas no pasaban nunca de ahí, de un flirt lleno de atrevidas insinuaciones con el final de un beso tomado por sorpresa.

Digámoslo claramente. Margarita no había tenido ningún amante ni lo tendría jamás. Su propia estimación se lo impedía... Pero la gente le atribuía cincuenta...

Cuando su hija regresó del pensionado, continuó haciendo la misma vida. Una frivolidad tan arraigada como la de Margarita no se cura fácilmente.

El conde de Castelle le interesaba. Lo veía con frecuencia y sus amigos se negaban a presentárselo por considerar que la intervención del donjuán del gran mundo significaba para ellos renunciar a todas las esperanzas de conseguir a Margarita.

Por consiguiente ¿no es justo que pensemos que el guante de Margarita no se cayó, sino que lo dejó ella caer?

En cuanto al Conde, también Margarita le tenía intrigado. Por eso se apresuró a recoger el guante y a preguntar a un amigo quién era su dueña.

El sistema del guante era muy conocido por el conde de Castelle. Había perdido la cuenta de las noches, de los días, mejor dicho, en que el criado le anunciaba la anormalidad.

—El señor Conde lleva en el bolsillo un guante de mujer.

—Una nueva víctima. No se ha atrevido a darme la cita de palabra y me la ha dado por este sistema. Como de costumbre, envíaselo con un ramo de flores y con una tarjeta mía invitándola a cenar.

Esta era la respuesta infalible del conde de Castelle.

\* \* \*

Cuando, al anochecer, despertó Margarita, se encontró con el guante, con el ramo de flores y con la tarjeta de invitación.

Grato despertar.

—Llama al conde de Castelle por teléfono, Dionisia—le dijo a su hija, que acababa de entrar en la habitación—Eliseos 2121.

Cuando se hubo puesto las zapatillas y el salto de cama su hija le entregó el auricular.

—¿El conde de Castelle? ...Aquí Margarita de Laverne... Aceptada su invitación.

—¡Magnífico! Iré por usted dentro de una hora.

Margarita quiso ser rápida, pero aun estaba en el tocador cuando llegó el conde de Castelle.

—Dile que espere unos minutos.



*—Dile que espere unos minutos*

Dionisia trasladó la orden a la doncella y ésta dió al Conde el recado.

El visitante no demostraba la menor impaciencia. Estaba acostumbrado a esperar en las antecámaras.

Margarita se terminó de arreglar y se puso su mejor vestido de noche: una maravilla creada exclusivamente para ella por el mejor modisto.

Antes de salir envió a su hija a la cama.

Tendió cordialmente la mano al conde de Castelle, como si le conociera de toda la vida.

—Está usted espléndida. El vestido es de un gusto extraordinario.

—Es un modelo confeccionado exclusivamente para mí.

—La felicito.

Y salieron encadenando trivialidades.



*—Está usted espléndida*

\* \* \*

Ya estaba Dionisia acostada, cuando, acometida por una súbita idea, se incorporó y cogió el auricular del teléfono. Pidió un número. Después preguntó:

—¿Eres tú, Humberto?

Al otro lado del centro de la urbe un muchacho

casi tan joven como Dionisia, de cabello planchado y envuelto en un albornoz, respondió:

—Sí, Dionisia. Esperaba tu llamada con impaciencia.

Y a través del hilo telefónico corrieron las palabras arrebatadas e inocentes de un primer amor.

Se habían conocido en un teatro. Ocultándose de sus respectivas familias se habían jurado amor eterno. Cartas, conversaciones telefónicas, alguna entrevista rápida en el paseo... esto era todo.

### III

Fueron a un cabaret de Montmartre, donde cenaron y bailaron.

De pronto vió el conde de Castelle un rostro inquietante: Georgina.

“¡Qué muchacha tan empalagosa, Dios mío! ¿Por qué se me ocurriría hablarle de amor?”

Este pensamiento debió de ser adivinado por Margarita.

—¿Conoce usted a aquella mujer?—le preguntó señalando con una mirada la mesa que ocupaba Georgina con un caballero.

—Sí... Un poco... De vista...

Margarita rió de buena gana.

—Verdaderamente, el hombre que se la ha arrebata do a usted lo merece.

—¿Le conoce usted?

—De vista... Sé algo de él. Es un provinciano con dinero que vino a París por cuestiones de negocio y se ha enredado en la maraña de Montmartre. Su gusto sería volver a la paz de su pueblo, pero está tan aturdido por el bullicio de París, que ni siquiera sabe cómo emprender el regreso. Mírello usted. Tiene una cara que da pena.

Un camarero se acercó.

—Llaman al teléfono al señor Conde.

—Perdóneme un instante, Margarita.

Salió el Conde por la puerta que conducía al guardarropa. Inmediatamente, vió Margarita cómo la compañera del provinciano se levantaba y seguía el mismo camino.

“Una cita en el guardarropa” pensó la dama. “Sin duda es la actual amante del Conde”.

Y aunque rió, porque Margarita reía siempre, un asomo de malestar se esbozó en su ánimo.

Una mirada y una sonrisa le bastaron para que el provinciano se acercara y la invitara a bailar.

A las primeras vueltas el desdichado sudaba.

—Parece que está usted fatigado—dijo Margarita.

—Un poco—repuso él poniendo una cara que daba pena.

—Le conozco a usted de vista, pero no sé su nombre.

—Timoteo, señora.

—Yo soy Margarita de Laverne.

—Tanto honor.

—Su amiguita tendrá celos si le ve bailar conmigo.

—No es mi amiguita, señora; es la amiga de un amigo que ha salido con otro amigo y me ha encargado que distraiga a su amiga. ¡Tiene uno cada amigo!

Entretanto, en el guardarropa se desarrollaba una escena muy distinta.

Georgina increpaba al Conde. El Conde se defendía bravamente. Por fin reapareció Georgina en el salón, nerviosa, agitada.

Después entró el Conde, abrumado, aturdido.

En este momento Timoteo dejaba a Margarita en su sitio y le daba las gracias por el baile... le daba las gracias aunque después, cuando volvía al lado de

Georgina, no sabía de quién eran sus pies.

—¡Vámonos inmediatamente!—ordenó Georgina.

—Espere un momento. Tomaré fuerzas.

Pero ya Georgina estaba en pie y hubo de levantarse.

“¡Señor, señor!—se lamentaba—. ¿Por qué se me ocurriría venir a París?”

—¿Cómo ha ido ese flirt de guardarropía?—preguntó Margarita al Conde, con un tonillo agrio en el que el donjuán creyó ver algo agradable.

—Usted lo ha dicho. Es un flirt de guardarropía. ¡Qué distinta usted a esa mujer! ¡Qué distinta a todas las demás!

Margarita lanzó una carcajada.

—Haciendo el amor está usted deplorable.

—Es la primera vez en mi vida que lo hago en serio—dijo el Conde sin ninguna convicción.

Y como quisiera disimular su frialdad con el gesto, su brazo, poco acostumbrado a semejantes efusiones, tropezó con una copa, la volcó y su contenido cayó sobre el precioso vestido de Margarita.

Esto fué suficiente para que la dama se pusiera en pie y dijera a su amigo:

—Acompáñeme a casa inmediatamente.

Fué una noche desdichada.

#### IV

El Conde se levantó aquella tarde más temprano que de costumbre.

Eran las cinco de la tarde. ¿Qué hacer a aquella hora?

Se dirigió al balcón para contemplar el cielo y vió algo que le distrajo. En la casa de enfrente había un balcón abierto y, enmarcada por él, se veía el cuerpo

poco vestido de una muchacha que hacía ejercicios gimnásticos.

—¡Los prismáticos, Juan!

Se los dió el criado y el Conde los dirigió al balcón de enfrente.

La muchacha, al darse cuenta de que la miraban, añadió al ejercicio la picardía.

De aquí que el conde no viera que alguien había entrado en la habitación.

Era un muchacho con el cabello liso y brillante y vestido con la elegancia de los veinte años.

—Buenas tardes, tío Felipe.

El Conde se volvió.

—¡Hola, sobrino! ¡Hombre, llegas a tiempo! ¿Qué te parece el *panorama*?

Y le entregó los prismáticos.

El sobrino aplicó a ellos los ojos.

—¡Magnífico!

—¿Verdad?

—¡Qué gracia en los movimientos!

—¿Verdad?

—¡Y qué curvas!

—¿Verdad?

—Ahora se le ve toda la hélice.

—¿Eh? ¿Qué significa eso de la hélice?

Y al mirar en la dirección que estaban enfocados los gemelos, vió un aeroplano que evolucionaba bajo el cielo azul.

Arrebató los prismáticos a su sobrino.

—¡Te enseño una mujer y contemplas un aeroplano! ¿Cuándo dejarás de ser un niño, Humberto?

—Ya he dejado de serlo, tío. Precisamente he venido porque deseo casarme y necesito tu consentimiento.

—¡Bravo! No deja de ser cosa de hombres el ca-

sarse... ¡de hombre y de héroes!... ¿Quién es ella?

—Dionisia Laverne.

El Conde dió un brinco.

—¿La hija de Margarita de Laverne?

—Sí. ¿La conoces?

—¡Vaya si la conozco! Por eso me niego en redondo a darte el consentimiento.

—Tú no conoces a Dionisia, tío.

—Conozco a su madre y me basta.

—Dionisia es un ángel.

—Será todo lo ángel que quieras, pero no te doy el consentimiento para casarte. No quiero remordimientos.

—Pues me casaré.

—Allá tú. Pero a mí no vuelvas a hablarme de ese asunto.

Humberto lanzó a su tío una mirada iracunda, cogió el sombrero y salió sin despedirse.

\* \* \*

Dionisia recibió un paquete y una carta. Sabía su procedencia. Estaba segura de que Humberto no se había olvidado de que era su cumpleaños.

Rasgó el sobre. Leyó:

*Dionisia mía: Sé muy feliz en el día de tu cumpleaños y piensa en mí como siempre.*

*Tuyo de todo corazón*

*Humberto*

Besó repetidas veces la carta y desenvolvió el paquete. Una peineta, una preciosa peineta de cha.

Saltando de gozo se fué hacia el tocador, se apo-

deró de la barrita de carmín de su madre y avivó el tono de sus labios. Después se peinó y se puso la peineta.

Estaba contemplándose en el espejo cuando oyó que su madre la llamaba. Se apresuró a quitarse la peineta y a frotarse los labios con el pañuelo.

Sin embargo, cuando llegó al lado de su madre, algo extraordinario debió de ver ésta en ella porque le dijo:

—Hoy no pareces la misma, Dionisia. Te encuentro... más mujer.

Dionisia se sentó en la cama, cogió a su madre de las manos y le dijo:

—¿Sabes qué día es hoy mamá?

—No. ¿Qué día es?

—Mi cumpleaños.

—¡Hija de mi alma! ¡Perdóname! No había caído. Y la atrajo hacia su pecho.

Fué un largo y sentido abrazo.

—Lo celebraremos—dijo Margarita—. Daremos una fiesta esta noche. Invita a tus amistades y yo invitaré a las mías.

La primera invitación de Margarita fué para el conde de Castelle. La primera de Dionisia para Humberto.

\* \* \*

El Conde y su sobrino se encontraron en el vestíbulo.

—¡Caramba, tío!—exclamó Humberto—. Me extraña verte aquí. Me dijiste que a un hombre serio no convenía la amistad de las Laverne.

—Si no nos pudiéramos relacionar más que con las personas perfectas, la vida sería muy aburrida.

Al entrar en el salón, se separaron. Uno se dirigió a Dionisia y el otro a su madre.

Cuando se reunieron los cuatro, fué muy grande la sorpresa de Dionisia y de su madre.

—No sabía que tuviera usted un sobrino—dijo Margarita.

—No sabía que tu tío fuera el conde de Castelle—dijo Dionisia.



*—No sabía que tuviera usted un sobrino.*

Humberto no se separó en toda la noche del lado de su amada y aprovechó el primer momento de heroísmo para decirle:

—¿Quieres casarte conmigo, Dionisia?

Vaciló Dionisia. Sabía lo que hubiera contestado, pero ignoraba lo que debía contestar.

Ante la duda resolvió ser sincera:

—Sí, Humberto.

—Es preciso que hablemos con tu madre en seguida.

—¿Ahora?—preguntó Dionisia muy emocionada.

—Ahora mismo. Cuanto antes mejor—repuso Humberto con valentía—. Ve por ella. Será mejor que hablemos aquí mismo.

Estaban en el jardín, sentados en un banco próximo a la casa.

—Anda, ve por ella.

Obedeció Dionisia y pronto estuvo de vuelta con su madre.

—¿Qué quiere usted decirme, Humberto?

Toda la intrepidez del muchacho se desvaneció instantáneamente.

—Pues... verá usted... Resulta...

Tomó fuerzas y añadió:

—Resulta que Dionisia y yo nos queremos.

Dionisia no sabía qué hacer con las manos.

Algo semejante le ocurría a Humberto.

Margarita los contempló a uno y a otro sonriendo, enternecida por el ejemplo de aquel bello amor.

Abrazó a su hija, acarició la cabeza de Humberto y repuso:

—Que seáis muy felices.

Después se sentó en el banco. Hizo que a su lado se sentara Humberto, y Dionisia lo hizo a sus pies.

Y comenzó a darles consejos en tono maternal. Humberto era ya para ella como un hijo.

\* \* \*

Desde la puerta vió el Conde el cuadro que ofrecía el grupo de espaldas. Margarita estaba sentada en un banco al lado de Humberto, cuya cabeza acariciaba. No sospechó que detrás del cuerpo de Margarita

estuviera el de su hija y esta circunstancia le hizo interpretar mal la escena.

—¿Será capaz de seducir al novio de su hija?— pensó.

Esto le produjo un efecto tan deplorable que dió media vuelta y se dirigió al vestíbulo para salir de aquella casa.

En aquel momento Timoteo se ponía el abrigo.



*Y comenzó a darles consejos en tono maternal.*

—¿Dónde va usted?

—A divertirme. Esto es un aburrimiento.

—Tiene usted razón. Le acompañó.

Ya se habían cogido del brazo para salir, cuando oyó el Conde que Margarita le llamaba.

—¿Por qué se marchan ustedes tan temprano?

—Es que...—repuso el Conde—nuestro amigo se ha puesto enfermo repentinamente.

Y salieron sin dar más explicaciones.

## V

A la mañana siguiente, irrumpió Humberto en el dormitorio de su tío.

No estaba solo en la cama. A su lado, completamente vestido y completamente borracho, roncaba Timoteo.

—¡Tío!... ¡Tío!...

El Conde se incorporó trabajosamente.

—¡Déjame en paz!—exclamó al ver a su sobrino. Pero Humberto le obligó a saltar de la cama.

—Necesito que me escuches. Anoche pedí la mano de Dionisia Laverne.

La noticia despejó instantáneamente al Conde.

—¡Ya te he dicho que ese matrimonio es imposible! Un Castelle no se puede casar con una Laverne.

—Estás en un error si juzgas mal a su madre. Es una mujer toda corazón.

—¡Y toda locura!

—Sin embargo, tú estás chiflado por ella.

—No lo discuto. Me gusta Margarita Laverne. Ha conseguido ponerme nervioso, cosa que no ha logrado ninguna mujer. Incluso es posible que la amara si fuera de otro modo. Pero es como es y no quiero alianzas con ella.

Y, obedeciendo a una súbita idea, exclamó:

—Ahora verás qué clase de mujer es Margarita de Laverne.

Y se dirigió al teléfono.

—¿Es usted, Margarita?—dijo poco después—. De-

searía que cenara usted conmigo esta noche... Aquí mismo, en mi casa... ¿Aceptado?... Gracias. Es usted encantadora.

Colgó el auricular y se encaró con su sobrino.

—¿Has visto con qué facilidad accede a cenar en la intimidad con un hombre? Pues aun verás más esta noche. Esta noche la invitaré a que me acompañe a Venecia y accederá.

—¿Sola contigo?

—Sola.

—No puedo creerlo.

—Ven esta noche. Yo te situaré donde puedas verlo y oírlo todo.

Y el tío volvió a la cama en tanto el sobrino se dirigía a casa de su novia.

En seguida le recibió Dionisia.

Humberto dijo sin preámbulos:

—Mi tío no da su consentimiento para nuestra boda.

Más que entristecerse, Dionisia tuvo un movimiento de indignación.

—¡Claro que nos casaremos sin su consentimiento! —se apresuró a decir Humberto al ver el efecto que la noticia causaba a su novia.

Pero ésta continuó en su actitud de persona ofendida.

—¿Por qué te niega el consentimiento tu tío?

Humberto vaciló.

—Dice que somos demasiado jóvenes.

—No es eso. Yo sé lo que es. A tu tío no le inspira confianza mi madre. La juzga mal. Y si tu tío juzga mal a mi madre, yo le juzgo mal a él y tampoco quiero que su apellido se mezcle con el mío.

Y dejó a Humberto solo en el vestíbulo para que no la viera llorar.

Oyó la puerta de la calle cuando se dirigía a la habitación de su madre. Humberto se había marcha-

do. Sólo quedaba con ella la vergüenza y el dolor.

Margarita se estaba arreglando para salir. Como siempre había exagerado la nota de carmín en los labios y el lápiz negro en los ojos.

Cuando iba a dar a su hija el beso de despedida, vió que sus ojos estaban húmedos de lágrimas.

—¿Qué es eso? ¿Por qué lloras?

—Humberto no puede casarse conmigo. Su tío no quiere darle el consentimiento. Dice que no somos buenas.

Algo extraño pasó por el alma de Margarita. Por primera vez en la vida se daba cuenta de que su ligero proceder podía ser un inconveniente para su vida.

—¿Acaso es verdad lo que dice el conde de Castelle, mamá? ¿Acaso es verdad lo que dice la gente? ¿Es algo malo que salgas por las noches, que tengas flirts, como les llamas tú y que vuelvas a casa con los pies mojados?

Margarita no sabía qué contestar. Se daba cuenta del mal que había hecho a su hija. La abrazó, la acarició.

—Descuida, hija mía, que yo lo arreglo todo.

Y comenzó por rebajar con el pañuelo el carmín de los labios.

\* \* \*

Eran las nueve y media cuando llegó Humberto.

Su tío le condujo al comedor y, como se oyera entonces el timbre de la puerta, lo empujó hacia un portier y lo ocultó tras él a viva fuerza.

—No te muevas de ahí. Así podrás verlo y oírlo todo. Así sabrás de una vez quién es Margarita

de Laverne, la madre de la mujer con quien pretendes casarte.

Entró Margarita, espléndida y elegantísima como siempre, pero con los labios sin pintar.

Esta vez el donjuán aguzó su ingenio.

—Estaba impaciente... Hasta había llegado a sospechar que no vendría usted.



*—...había llegado a sospechar que no vendría usted*

—Esta noche le encuentro más expresivo que de costumbre.

—Todo va creciendo con la admiración que siento hacia usted.

—No voy a tener más remedio que rendirme. Seré su última víctima.

Detras del portier, las manos de Humberto se cris-

paban. ¡Bonito comienzo para una mujer decente!

—Todo está preparado—dijo el seductor—. Cuando a usted le parezca cenaremos.

—En seguida.

Se sentaron a la mesa. El correctísimo Juan era el encargado de servirla.

Todo lo halló Margarita exquisito: la comida y el modo de presentarla.

No cesó el Conde de dirigir palabras certeras contra el corazón de la invitada y ésta no cesó de ofrecer el pecho para ser herida. Era lo cierto que en aquel juego amoroso los dos estaban interesados sin creerlo ni pretenderlo. El Conde estaba verdaderamente admirable en su papel de donjuán, ella realmente encantadora en el suyo de víctima.

Aprovechando las ausencias de Juan, el Conde estrechaba aquellas manos suavísimas y reducía cada vez más el cerco de sus palabras. Hubo un momento en que llegó a olvidarse de que estaba representando un papel, siendo sincero ante una mujer por primera vez en la vida. En cuanto a ella, se olvidaba también de que sus concesiones tenían una segunda intención: la de reparar el mal que había hecho a su hija.

Entretanto, detrás del portier aumentaba el dolor y la vergüenza del novio de Dionisia, es decir, del novio de la hija de aquella mujer que tan frívola mente se estaba comportando.

Después del champáñea, el Conde extrajo un estuche de un bolsillo y se lo ofreció a Margarita.

—Permitame usted que la obsequie con este pequeño recuerdo de la noche más feliz de mi vida.

Ella, realmente interesada, abrió el estuche. No pudo contener una exclamación de sincero entusiasmo. Era un brazalete de brillantes. Las piedras preciosas ejercían sobre Margarita, como sobre la ge-

neralidad de las mujeres, una fuerte fascinación. Tenía cuantas joyas deseaba, muchos años llevaba gozando de ellas, pero no se cansaba de amarlas ni de admirarlas.

El Conde consideró que era aquel el momento más oportuno para abordar el punto más importante de la cuestión.

—¿Le gustaría hacer un viaje a Venecia conmigo?

Lo dijo en voz bien alta para que Humberto estuviera alerta.

La respuesta no se hizo esperar.

—¡Ya lo creo! ¡Encantada! ¡Venecia! ¡Es usted delicioso, amigo mío!

No hay que decir lo que pasó por el alma del pobre Humberto. “Realmente—pensó—sería una imprudencia casarme con la hija de una mujer así.”

Pero Margarita no había terminado de hablar.

—No le diremos a nadie que vamos a Venecia y, apenas lleguemos, nos casaremos en una pequeña iglesia que está a orillas del Gran Canal.

El donjuán quedó estupefacto. Detrás del portier, Humberto se esforzó por contener una carcajada, de burla para su tío y de alegría por lo que las palabras de Margarita significaban para él.

Al ver la sorpresa que se reflejaba en el semblante del Conde, Margarita exclamó:

—¿Le disgusta a usted la idea? ¡Ah! Ya comprendo... Era una vulgar conquista lo que pensaba usted hacer conmigo. La idea del matrimonio no había pasado por su pensamiento. Le perdonó la ofensa, amigo mío, pero le recomiendo que no vuelva a acordarse de mí.

Se había levantado. También el Conde se había puesto en pie y quiso el azar que quedara al lado mismo del portier en que su sobrino se ocultaba.

Un codazo de Humberto le hizo comprender que el muchacho se estaba riendo de su *conquista*.

Realmente, había sido una plancha más grande que un acorazado.

Margarita se desabrochaba el hilo de brillantes que rodeaba su muñeca, sin duda para devolver al donjuán su espléndido regalo, pero el Conde lo impidió.

—Oigame, Margarita—dijo con una súbita transición—. ¿De verdad se amoldaría usted a la vida pacífica del hogar? ¿De verdad me quiere usted lo bastante para casarse conmigo?

—Me parece que bien se lo he demostrado.

—Entonces perdóname. He sido un estúpido. No he sabido comprenderla. Ahora vuelvo a preguntarle: ¿Quiere venir a Venecia conmigo para casarnos en una pequeña iglesia que hay junto al Gran Canal?

La respuesta fué una mirada llena de amor y de gratitud.

\* \* \*

Por el Gran Canal se desliza una góndola con dos parejas. La de delante la forman Humberto y Dionisia. La de detrás, Margarita y el Conde de Castelle.

Los dos matrimonios se han realizado al mismo tiempo en una pequeña iglesia que hay junto al canal.

Es de noche. El momento y el lugar son propicios a las confidencias.

—Ahora te amo ya—dice Margarita—pero quiero hacerte una confesión. Si decidí casarme contigo fué por salvar a mi hija, porque comprendí que mi con-

ducta era un obstáculo para ella. Pero ahora te amo de verdad y te debo otra explicación. Aparte mi primer esposo, sólo tú has recibido un beso mío.

—Yo también te debo una confesión. Yo también me casé por mi sobrino. Comprendí que un tío soltero y calavera era un obstáculo para su felicidad... Pero ahora te amo de veras... te amo con el fervor del amor primero.

Y la góndola seguía deslizándose sobre las mansas aguas del Gran Canal.

F I N

**El martes, día 8**

*de Octubre, se pondrá a la venta*

## **La Novela Sentimental**

*Bellísima colección de asuntos que  
cautivarán al lector.*

*Inmejorable presentación.*

*Colaboradores de calidad.  
Portadas formadas con las mejoras  
fotografías de las «estrellas»  
del cine.*

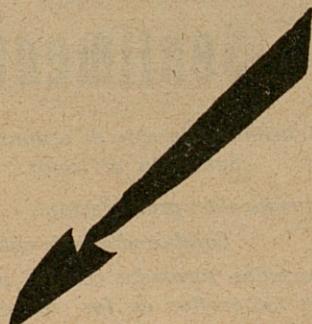
*Novedad insuperable, como de*

**Ediciones BISTAGNE**

*que no tiene rival en la presenta-  
ción de sus publicaciones.*

**Precio: 30 céntimos**

**YA** se ha puesto a la venta  
en las selectas *Ediciones Especiales* de  
**La Novela Semanal Cinematográfica**



## **La Melodía del Amor**

Por Lupe Velez, Jetta Goudal  
William Boyd

**Precio: Una peseta**

Las mejores novelas de cine:



**La Novela Semanal Cinematográfica**  
**La Novela Americana Cinematográfica**

**Los Grandes Films** de La Novela Semanal  
Cinematográfica

**La Novela Frívola Cinematográfica**

y las selectas  
**Ediciones Especiales de La Novela**  
**Semanal Cinematográfica**

¡Siempre los mejores asuntos!



De interés para todos, especialmente para los padres

**Ediciones BISTAGNE**

pondrá muy en breve a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

## **El Cuento Selecto**

Su precio será de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

**¡El mejor cuento del hogar!**

**¡15 céntimos!**